

Esteban Krotz, *La otredad cultural entre utopía y ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*, México, Fondo de Cultura Económica/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, 2002.

¿Es la antropología, en la actualidad, una disciplina científica en crisis?, ¿qué tan científica es la antropología?, ¿qué asuntos dejó esta disciplina en el camino en el momento de abrazar el canon científico a partir del siglo XIX?, ¿acaso aquellos tópicos que abandonó por ser empíricamente inconsistentes o indemostrables, como el tema de la utopía, carecen de valor para explicar el fenómeno cultural?, ¿puede la antropología retomar algunos de estos temas para enriquecer su búsqueda sin renunciar al rigor y a la científicidad? Estas son tan solo algunas de las muchas preguntas que brotan a lo largo de las cerca de quinientas páginas que componen el libro de Esteban Krotz, *La otredad cultural entre utopía y ciencia*. Se trata de una obra erudita, muy bien armada en su argumentación, quizá muy especializada, en tanto se orienta, en primer lugar, a los cultores de la antropología con el ánimo de alentar un debate, sin duda necesario, en el seno de esta disciplina, pero suficientemente versátil y sugerente como para interesar a muchos públicos, sobre todo a quienes nos ocupamos de temas culturales en cualquiera de sus formas y expresiones.

Quien se aproxime a esta obra excepcional, síntesis madura de varias obsesiones te-

máticas del autor desde hace varios años, encontrará una propuesta sólida para repensar la antropología en la actualidad a partir de reconsiderar como parte de la pregunta antropológica un asunto que ha carecido hasta ahora, a excepción de los trabajos del propio autor y de uno que otro antropólogo contracorriente, del estatuto empírico o de las simpatías de los especialistas como para figurar en el cuerpo central de los asuntos antropológicos: me refiero a la utopía, considerada como forma específica de análisis social y que como tal contiene y aporta un conocimiento invaluable de los fenómenos sociales, acerca del ser humano como ser social: el hombre-en-sociedad.

En sentido estricto, Krotz no se propone exponer un estado del arte de la antropología, aunque quien lee el libro contará con un panorama muy completo y documentado del pasado y el presente de esta ciencia; se propone más bien hacer una reflexión de la antropología *desde dentro* de la misma, apoyado en consideraciones metacientíficas que entienden a la ciencia en sí misma como un *fenómeno cultural*, lo que supone observar aspectos muchas veces soslayados cuando los científicos hablan de su quehacer o los filósofos hacen filosofía de la ciencia, tales como las instituciones, las biografías, las obras, los referentes simbólicos, las creencias dominantes, las tradiciones, etcétera. De ahí el salto al tema más específico del libro es inevitable, pues una categoría central del fenómeno cultural es precisamente el de la *otredad* o la *alteridad*, que es inherente al contacto entre culturas.

Huelga decir que el tema de la otredad ha sido analizado desde muchos puntos de vista: el filosófico, el sociológico, el antropológico, el jurídico, el histórico, etcétera. La producción intelectual respecto de este tema es incontenible. A Krotz le interesa, en particular, el asunto de la otredad cultural en el campo de la antropología y desde el inicio perfila su argumento central. Antes de que la antropología se constituyera como ciencia, la pregunta en torno a la otredad estaba contenida en el pensamiento utópico; es decir, la utopía, contrariamente al lugar común que erigió al respecto la antropología científica, era mucho más que una mera elucubración sin contacto con la realidad, una ficción absurda o una perorata literaria, era una forma específica de análisis de los fenómenos sociales que contiene muchas claves para entender el fenómeno cultural. En la base de la construcción mental de mundos mejores o distintos siempre subyacía la pregunta por la otredad, por el otro o los otros, resultado de los contactos de Europa con otras culturas a lo largo de su desarrollo, lo cual sugiere conceder a la otredad cultural contenida en el pensamiento utópico, de la utopía en general, un valor heurístico inherente que suele soslayarse o ignorarse. Medir o interpretar, como intenta la antropología científica, todos los encuentros culturales e intercambios simbólicos entre mundos diversos con categorías construidas *post factum* y asumidas como universales por su pertinencia empírica o explicativa, como los de barbarie y civilización, o por criterios evolucionistas igualmente rigurosos y aceptados en el ám-

bito de las ciencias constituidas, no sólo no hace justicia a otras formas posibles de experimentar la otredad, como la utopía, sino que también termina perdiendo una fuente de conocimientos y saberes sumamente valiosa. Así, la propuesta de Krotz es tender puentes, mediante la categoría de otredad, entre la antropología y la utopía para caminar hacia una antropología cultural empírica.

Obviamente, por ser un proyecto tan ambicioso, el autor debía emprender un largo recorrido para documentar la importancia de la otredad como pregunta antropológica implícita ya desde el pensamiento utópico. Y en este andar, Krotz nos regala un estudio sorprendente tanto de historia intelectual como de sociología de la cultura y de antropología o etnoantropología, para ser precisos, acerca de la evolución de la pregunta por la otredad desde el pensamiento utópico hasta nuestros días. Pero, ¿por qué la otredad como categoría central? La respuesta es contundente. Porque la historia del mundo es una historia de contactos entre culturas, y la experiencia de la extrañeza, del asombro respecto de lo desconocido, o lo nuevo o lo otro es inherente a los pueblos, y por ello, también una perspectiva útil para captar lo humano. La otredad en el pensamiento utópico es lo que se desea y que no se tiene, es una expresión de insatisfacción con lo cotidiano y de confianza en que puede haber algo mejor, es un referente y una construcción mental más que una elucubración fantasiosa plenamente arraigada en la realidad, al menos más de lo que suele aceptarse, y en ese sentido, pese a que las utopías

han sido históricamente poco exitosas desde el punto de vista de su realización, expresan conocimientos imprescindibles acerca de los fenómenos sociales y culturales que la antropología no debería desdeñar.

Hasta aquí, la propuesta y la apuesta contenida en este libro tan inteligente como ameno. Una apuesta que en lo personal suscribo con entusiasmo. Creo que el libro de Krotz está llamado a generar un debate muy constructivo y saludable en la antropología contemporánea. Por ello, no tengo críticas mayores que hacer ni al argumento central ni al tratamiento, si acaso una extrañeza por no ver en el libro referencias al debate que sobre este mismo tema se ha dado en el campo de la filosofía, y que podían ilustrar no sólo la complejidad del tópico sino también que las controversias que suscita no son exclusivas de la antropología. Pienso, principalmente, en los trabajos de Emmanuel Levinas, quien es un referente obligado en esta discusión, por cuanto coloca al otro no sólo como un referente de identidad del yo, o un referente para proyectarnos hacia fuera desde nuestro yo, sino una responsabilidad ética. La alteridad es un abismo infranqueable; emboscada en la distancia jamás la podemos asir. Es la perfecta objetivación del objeto del deseo, la eterna ausencia; esa ausencia siempre presente que nos seduce y nos desvía de nuestro supuesto trayecto original, es decir, de nosotros mismos.

Ahora bien, ¿por qué para algunos pensadores “el infierno son los otros”?, simplemente porque el otro, como señala Levinas,

nos requiere, nos arroja una responsabilidad que no deseamos. Bastante tenemos con soportarnos a nosotros mismos como para tener que responder siempre a la miseria del otro. Pero el otro aquí juega un doble papel: es el infierno sin dejar de ser la salvación. En efecto, la salvación de poder salir de nosotros mismos, del ahí al que hace referencia Levinas cuando uno se encuentra solo en la oscuridad y lo único que queda es el murmullo del ser, dejándonos en un estado de horror, con el tedio de tener que existir. El otro es el que nos descarga de nuestra propia carga, nos desvía y nos pierde; es una salida. Sin el otro moriríamos de asfixia.

Basta esta breve disquisición como ejemplo de lo mucho que se juega en la alteridad, algo demasiado serio como para dejárselo solamente a los científicos duros y puros. ¿No creen?

CÉSAR CANSINO*

D.R. © César Cansino, México D.F., enero-junio, 2005.

• • • • •

* cansino@cepcom.com.mx